



RESEÑA

CAMINOS EDUCATIVOS

Huellas en la senda del colibrí: hacia una reinterpretación mitopoética de la estatuaria agustiniana

San Agustín: una percepción del mundo mitopoético y cosmogónico. El legado ancestral de los litolenguajeros del Alto Magdalena

José Uriel Leal Zabala²²

Editorial Académica Española, 2018

En este libro el psicólogo y docente universitario José Uriel Leal Zabala presenta una visión personal sobre la cultura San Agustín que vivió en la región alta del sur de la Cordillera Central de la actual Colombia entre el 4000 a.C. y el siglo VII a.C.

El libro es resultado de una salida pedagógica a la zona arqueológica realizada en el 2006 por el grupo de investigación La palabra más allá del idioma lideradas por Leal Zabala y que, según él mismo manifiesta en la Presentación del libro, tenía el propósito de reconocer y rescatar la sabiduría de éste pueblo prehispánico (p. 5).

Juzgue quien tenga la oportunidad de adquirir y leer el libro, si Uriel Leal fue, como dice, “por azar” (p. 31), a San Agustín. Él afirma que estaba fascinado por lo que relataban los escritos de Carlos Castañeda, Juan Matus y un par de guerreros Muisca acerca de esa legendaria civilización, y que él quería reunirse con este gran pueblo que únicamente dejó para la posteridad una gran variedad de enigmáticas estatuas en piedra volcánica.

De esta manera, en tanto que integrante de un colectivo de estudiantes y docentes investigadores, quería reflexionar y escribir in situ sobre un problema que asalta a todo observador occidental de esas intrigantes estatuas agustinianas y que el autor formula así: “¿de ellos se ignora todo menos que existieron!” (p. 12).

Con esta fórmula el autor no pretende desechar los hallazgos arqueológicos (restos humanos, herramientas y cerámicas) que han sobrevivido al tiempo y a los saqueos. Expresa más bien la impotencia de no poder descifrar las sofisticadas representaciones hábilmente esculpidas en la piedra y el refinado diseño arquitectónico de las tumbas allí

encontradas. Surge, en últimas, de esa paradoja de los signos que no deja de desconcertar al ser humano en tanto que animal simbólico y que radica en que por lo general los signos ancestrales para siempre se ocultan en esos trazos, en esos grabados que lo expresan.

El autor, como otros pensadores que se han ocupado de la cultura agustiniana, es consciente de que resulta impropio abordar ese problema desde categorías de pensamiento occidental. En su reseña sobre el libro Los Chamanes Jaguares de San Agustín: génesis de un pensamiento mitopoético escrito por el historiador y arqueólogo Héctor Llanos Vargas, Vasco Uribe (1993) destaca el aporte metodológico de Llanos Vargas al dejar atrás el etnocentrismo y el positivismo imperantes en la arqueología colombiana, que recurre al pensamiento de occidente para ver el mundo aborigen revestido con los colores de sus ideologías, en un deseo de domesticarlo, de hacerlo a la vez otro y cercano, al menos reconocible (p. 189)

Pero Leal Zabala sabe también que la mayoría de colombianos (con excepción, tal vez de las culturas nativas) viven inmersos en el sistema occidental. Es difícil renunciar a esta forma de pensamiento al interpretar la estatuaria agustiniana. La clave no está para el autor en la separación de los dos mundos sino en lo que ha llamado “pedagogía de rehumanización mediante la metodología del colibrí” (p. 39), es decir una pedagogía intercultural que sigue el movimiento del colibrí que abreva en las flores tanto del pensamiento occidental como del pensamiento ancestral.

Esta postura intercultural es subrayada por el mismo autor en un ensayo posterior titulado Rehumanización ancestral nativo-mestiza: una tejedura convivencial multicultural post-conflicto para Colombia, cuando

²² Caminante planetario, pirotécnico, político, constructor, escritor, poeta y lenguajero flamenco, nacido en el año 1957 en las ardientes tierras tolimenses, que ha dedicado su existencia con devoción indeclinable a inspirar a otros seres en su despertar a través del poder de la palabra, compartiendo sus saberes, pensares y sentires, utilizando herramientas de conocimiento como la psicología, economía, literatura y el hacer comunitario en colectivos humanos como la U. Cundinamarca, Universidad Nacional, Universidad Cooperativa, Universidad del Tolima, Servicio Nacional de Aprendizaje, colegio Club de Leones, Colegio la Anunciación, Colegio Fátima, Hogar la Sagrada Familia, Colegio Municipal, juntas de acción comunal, alcaldías y consejo municipal.

Terminó su carrera de psicólogo en la universidad Nacional de Colombia y su especialización en docencia universitaria en la Cooperativa de Colombia. Los 21 años de excelente servicio en la U. Cundinamarca, Generación siglo XXI, han hecho que esta alma mater le haya otorgado el 15 de diciembre de 2017 el máximo reconocimiento social por “su trayectoria como docente de la Institución y su dedicación por conducir a la comunidad académica hacia el camino de la ciencia, la vida, la civilidad y la libertad”
uritolima@hotmail.com

afirma que hay que “tejer co-creativamente la cultura occidental y la cultura ancestral precolombina” (Leal Zabala, 2018, p. 207) puesto que la identidad del colombiano es finalmente el resultado de un complejo mestizaje entre culturas. Negar un sistema de pensamiento en favor del otro es caer en el callejón sin salida del esencialismo.

La metodología del colibrí o mejor aún la “senda del colibrí” (p. 5) es una de las bases del enfoque epistemológico de este libro. Concepto que usa una metáfora en la que también hay una idea de movimiento, clave en la noción de interculturalidad, pues según una leyenda de otro pueblo ancestral, el Maya, el colibrí lleva de aquí para allá los pensamientos de los hombres.

De la vieja noción de método retiene sólo la de camino. Más que el camino a seguir es una senda, un camino ya antiguo hecho de mitos, de símbolos, de imágenes opacas, ambiguas y contradictorias, no de razones claras y explícitas. Esta senda es la que retoma el autor. Por esa senda se interna como por la del Bosque de las Estatuas en la enigmática zona arqueológica que visita.

Pero al volver escritura, ese recorrido mental, lo deja indicado también para los demás, para lo que él llama “los guerreros del conocimiento” (p. 16), otra de las metáforas del autor. Este corto libro constituye una cartografía de ese viaje exterior-interior que hace el autor.

En este orden de ideas, al observar ese lenguaje esculpido en piedra, el autor encuentra el importante papel de la imaginación en la cosmogonía del pueblo de San Agustín: “en las raíces de su mitopoética cosmogonía, está la tentativa (...) de que por medio de su imaginación penetraron al misterio de la existencia y de su continuidad en otros mundos”. El repertorio de símbolos imaginados por esta civilización daba cuenta de los problemas centrales de la existencia y la trascendencia del ser: “sus mitopoéticas obras líticas son las proyecciones imagéticas que estos hombres hicieron de las funciones máximas de la vida: nacimiento, amor y muerte” (p. 42).

De esta manera, frente a la paradoja de los signos cuyo sentido permanece hermético e incognoscible detrás de sus formas que pretenden expresarlos, el autor descubre que una percepción de ese lenguaje esculpido en la piedra debe seguir la vía mitopoética, es decir la vía de la imaginación: “esta consciencia mítica de este pueblo ancestral, quedó cubierta por las tinieblas del tiempo, de la tierra y del misterio; esa dificultad hace o nos convoca a que la recuperemos por la misma vía: los imaginarios” (p. 40).

La ventaja de esta perspectiva, es el punto en común que quizás haya entre ese pueblo ancestral y nosotros: mentes humanas con interrogantes y asombros concibieron esa simbología que daba una respuesta a esos interrogantes o un testimonio de ese asombro.

Mentes humanas con esencialmente los mismos interrogantes y asombros se enfrentan al problema de descifrar esa simbología. Desde este enfoque ya no importa tanto descifrar con métodos racionales y de forma exhaustiva esas formas sino ver en ellas, tentativas de respuesta a problemas que también nos acucian, vestigios de un asombro ante cosas que también nos dejan perplejos. Por eso, el proyecto de Leal Zabala responde a un “esfuerzo deliberado por conocer y rescatar la sabiduría de nuestra familia antigua en su intento de manejar lo que la situaba más allá del territorio humano” (p. 5). El constante desarrollo de la milenaria cultura agustiniana, sus prácticas de vida, artes, oficios y conocimientos técnicos, son comienzos de respuesta a la pregunta que los mismos agustinianos se plantearon: “¿Hacia dónde nos dirigimos los seres humanos?” (p. 6), pregunta que aún hoy después de seis mil años continuamos haciéndonos.

En este sentido, saber es recordar, según la antigua teoría de la reminiscencia. Leal Zabala afirma: “algún día tenía que venir para despertar estos recuerdos largamente dormidos en mi filogenia; estas leyendas cobran fuerza inusitada y se despiertan vivaces e imperiosas y siento la necesidad imprescindible de fantasear sobre ellas y de escribirlas cinco milenios después” (p. 33). Solo que aquí no se recuerda porque el alma estuviera en un mundo de ideas, sino porque en el cuerpo fluye el cúmulo de vida genética y se activa la pulsión de volver a las raíces. La memoria individual y la memoria colectiva son trascendidas por la memoria genética.

Pero recordemos que todo esto se hace dentro de la metáfora y la imaginación. El autor evita sistemas cerrados y teorías acabadas. La clave no está en la explicación que debe para siempre una ley, sino en el intento de una explicación. La vía escogida por el autor, un tipo de escritura corta y fragmentaria, la única capaz de captar todo el esplendor de la epifanía itinerante, es la que escogieron ilustres predecesores como Nietzsche. Precisamente hablando de la predilección de Nietzsche por el fragmento, Blanchot (1973) hace una afirmación que conviene a todos los pensadores itinerantes como Uriel Leal:

No cabe duda de que una forma tal de habla, señala su rechazo del sistema, su pasión por la ausencia de acabamiento, su pertenencia a un pensamiento que sería el de la Versuch y el del Versucher, que está ligada a la movilidad de la búsqueda, al pensamiento viajero (el de un hombre que piensa al caminar y de acuerdo con la verdad que marcha (Blanchot, M., 1973, p. 42).

Pero el libro no es propiamente una bitácora ni un diario de viaje porque las notas no están en un orden cronológico. Serían más propiamente un cuaderno de andaduras. Sin embargo, éstas andaduras no se quedan solo en el recorrido espacial de la vasta área arqueológica. Son también andaduras en el tiempo y, sobre todo, una andadura hacia el interior de sí

mismo. Es un libro de un caminante que pretende desandarse a medida que contempla en medio de un paisaje de excepcional belleza la estatuaria con misteriosas huellas de la mente, espiritualidad y quehacer ceremonial y fúnebre, reflejo de la poderosa creatividad de este pueblo.

En conclusión, el libro plantea, pues, no solo una andadura ontológica sino también una andadura epistemológica y hermenéutica que intenta reconstruir esa rasgadura de los signos presentes y ausentes a la vez, esa rasgadura del olvido y esa rasgadura identitaria producto de históricos encuentros y choques entre diversas culturas.

Caminos Educativos

Referencias

1. Blanchot, M. (1973). *La ausencia del libro/ Nietzsche y la escritura fragmentaria*. Buenos Aires: Ediciones Caldeón. Disponible en: <https://audiocreativa.files.wordpress.com/2017/03/118431905-nietzsche-y-la-escritura-fragmentaria.pdf>.
2. Leal Zabala, J. U. (2018). *Rehumanización ancestral nativo-mestiza: una tejedura convivencial multicultural post-conflicto para Colombia*. Entornos. N° 30(2). Neiva: Universidad SurColombiana. 207-210.
3. Vasco Uribe, L. G. (1993). *Los chamanaes jaguares de San Agustín: génesis de un pensamiento mitopoético*. Boletín Museo del Oro. N° 34-35. Bogotá: Banco de la República. 189-192.